

«¿Se halla la Francia en este caso, tiene algo que temer, prosigue, de esos hombres que van á emplear el odio de las córtes estrangeras contra nosotros? No ciertamente; pronto se verá á esos soberbios mendigos que van á recibir los rublos de Catalina y los millones de la Holanda, espíar en una vergonzosa miseria los crímenes de su orgullo. Por otra parte, los reyes estrangeros vacilan en provocarnos; saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad; se estremecen de que sus soldados pongan el pie en una tierra abrasada con este fuego sagrado; tiemblan que un día de batalla se reconozcan los hombres libres de todos los climas y hagan de dos ejércitos prontos á combatir, un pueblo de hermanos reunidos contra sus tiranos. Mas si al fin es preciso medir las fuerzas, acordémonos que un millar de griegos combatiendo por la libertad, triunfaron de un millon de persas!

«Nos dicen: los emigrados no abrigan ninguna mala intencion contra su patria: esto no es mas que un viage. ¿Dónde están las pruebas legales de los hechos que les acriminan? Cuándo las produzeais será justo que castiguis á los culpados... Oh, vosotros que usais ese lenguaje, ¿por qué no estabais en el senado romano cuando Ciceron denunció á Catilina para pedirle tambien la prueba legal de su acusacion? Me imagino que el célebre orador hubiese quedado confuso al oíros, y mientras hubiese buscado las pruebas Roma hubiese sido saqueada y Catilina y vosotros hubiéseis reinado sobre ruinas. ¡Pruebas legales, decís! ¿Habeis reflexionado en la sangre que os costaría el obtenerlas? No, no. Anticipeémonos á nuestros enemigos; desembaracemos la nacion de ese continuo zumbido de insectos ávidos de su

sangre que la inquietan y la fatigan. ¿Pero cuales son las medidas que debemos tomar? En primer lugar apoderarnos de los bienes de los ausentes. Esta medida, diréis que es muy pequeña, y ¿qué importa su pequenez ó su grandeza cuando de lo que aqui se trata es de adoptar una medida de rigurosa justicia? En cuanto á los oficiales desertores, su suerte está escrita en el código penal: ¿la infamia y la muerte! Los príncipes franceses son todavia mas culpables. La intimacion que se os propone dirigirlos para que vuelvan á entrar en su patria, no es suficiente ni á vuestro honor, ni á vuestra seguridad. Sus atentados son cosa bien probada, y es preciso que ellos tiemblen ante vosotros, ó que vosotros tembleis delante de ellos. ¡Escoged! Se habla del dolor profundo que causará en el corazon del rey cualquier medida que se tome contra ellos. ¡Bruto sacrificio unos hijos criminales á su patria! El corazon de Luis XVI no sufrirá una prueba tan dura. Si esos príncipes, malos hermanos y peores ciudadanos se niegan á escuchar sus consejos, que no se acuerde de que son hermanos suyos, y que se dirija al corazon de los franceses que le indemnizarán completamente de semejante pérdida. (Aplausos).

Pastoret, que habló despues, citó aquellas célebres palabras de Montesquieu: *llega un tiempo en que es preciso echar un velo sobre la libertad, como el que se echa sobre las estátuas de los dioses*. Vigilar siempre y no temer jamás debe ser la conducta de un pueblo libre. Pastoret propuso medidas de represion, pero moderadas y progresivas, contra los ausentes.

Isnard declaró que las medidas propuestas hasta entonces satisfacian á la prudencia, pero no á la justicia y

á la venganza que una nacion ultrajada se debía á sí misma. «Si me dejáseis decir la verdad, añadió, os diria que si nosotros no castigamos á todos esos gefes de los rebeldes, no es porque no sintamos en el fondo de nuestro corazon que son verdaderamente culpados; sino porque son principes, y por mas que hayamos destruido la nobleza y las distinciones que da el nacimiento, esos vanos fantasmas, llenan aun de espanto nuestras almas. ¡Ah! ya es tiempo de que ese gran nivel de igualdad que ha pasado sobre la Francia, tome finalmente su aplomo. Hasta entonces no se creará en la igualdad. Temed conducir al pueblo con este espectáculo de impunidad á cometer los mas graves escesos. La ira del pueblo no es muchas veces sino un apéndice al silencio de las leyes. Es preciso que la ley penetre en el palacio de los grandes como en la choza del pobre, y que tan inexorable como la muerte, no distinga rangos ni condiciones al caer sobre las cabezas de los culpables. Se trata de adormecerlos, pero yo os digo que la nacion debe vigilar sin cesar. El despotismo y la aristocracia no duermen, y si las naciones dormitan un solo instante, cuando se despiertan se hallan cargadas de cadenas. Si el fuego del cielo estuviere en poder de los mortales, deberian emplearlo en reducir á cenizas á los que atentan contra la libertad de los pueblos. Asi es, que jamás perdonaron estos á los que conspiraron contra ella. Cuando los galos escalaban el Capitolio, Manlio se despertó, voló á la brecha, y salvó la república: acusado despues Manlio de haber conspirado contra la libertad pública, tuvo que comparecer ante los tribunos. Presento allí los brazaletes, los venablos, doce coronas cívicas, treinta despojos de enemigos vencidos, y su pecho acibillado de heridas; al mismo tiempo recordó que habia salvado á Roma: la respuesta que obtuvo á todo esto fué el ser precipitado por la misma roca, por donde él habia precipitado á los galos. ¡Ved ahí, señores, lo que es un pueblo verdaderamente libre!

Nosotros despues del día de la conquista de nuestra libertad, no hemos cesado de perdonar á nuestros patricios sus complots contra nosotros. Tampoco hemos dejado de recompensar sus ruindades enviándoles carros cargados de oro. En cuanto á mí, si hubiese votado semejantes dones me moriria de remordimiento. El pueblo nos mira y nos juzga; de este primer decreto depende la suerte de nuestros trabajos. Si somos débiles, perderemos la confianza pública, si somos enérgicos, nuestros enemigos quedarán desconcertados. No mancheis la santidad del juramento consintiendo que lo pronuncien unas bocas sedientas de nuestra sangre. ¡Nuestros enemigos jurarán con una mano, y con la otra afilarán sus espadas para clavarlas en nuestros corazones!»

Todos estos discursos violentos, producian en la Asamblea y en las tribunas esa exaltacion de la pasion pública que se manifiesta esteriormente por un prolongado palmoteo. Presentábase ya que la única política seria en adelante la ira de la nacion, que la época de la filosofía habia pasado ya para la tribuna, y que la Asamblea no tardaria en dejar á un lado los principios para echar mano á las armas. Los girondinos, que no hubiesen querido lanzar á Isnard tan lejos, conocieron que era preciso seguirle hasta donde le siguiese la popularidad. En vano trató Condorcet de defender su proyecto de decreto dilatorio. La Asamblea de acuerdo con el informe de Ducastel, adoptó el decreto de la comision de legislacion. Sus principales disposiciones se reducian á pedir que los franceses que estaban reunidos al otro lado de las fronteras, fuesen declarados desde aquel momento como sospechosos de conjuracion contra la Francia, y como conspiradores sino volvian á entrar en su patria antes del 1.º de enero de 1792, y consiguientemente castigados con la última pena; que á los principes franceses hermanos del rey, se les impusiese la misma pena como simples emigrados sino obedecian la intimacion que se les hacia, y

que sus bienes fuesen confiscados desde el momento; finalmente, que á los oficiales de mar y tierra que abandonasen sus puestos sin permiso, ó sin previa dimision aceptada, se les asimilase á los desertores y fuesen castigados con pena de muerte.

XVIII.

Estos dos decretos, afligieron el ánimo del rey y consternaron á todos los miembros de su consejo. La Constitución le daba derechos para suspenderlos, usando del *veto real*; pero suspender los efectos de la ira del pueblo contra los enemigos armados de la revolucion era llamarla sobre sí. Los girondinos fomentaban artificiosamente aquellos elementos de discordia entre la Asamblea y el rey. Estos hombres esperaron impacientes que la negativa del rey á sancionar aquellos decretos llevase la irritacion del pueblo al último extremo, y forzase al rey á huir de nuevo ó á entregarse en sus manos.

El espíritu mas monárquico de la Asamblea constituyente reinaba todavía en el directorio del departamento de Paris. Desmeuniers, Baumetz, Talleyrand-Périgord y Laroche-foucauld, eran sus principales miembros. Estos, redactaron una petición dirigida al rey, suplicándole que rehusase su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados. Esta petición en que se trataba con altivez á la Asamblea legislativa, abundaba en verdaderos principios de gobierno en materia religiosa. Toda ella se reasumia en este axioma, que es ó debe ser el código de las conciencias: puesto que ninguna religion es una ley, que tampoco ninguna religion sea un crimen.

XIX.

Un jóven escritor cuyo nombre ya célebre, debia conquistarle mas tarde la palma del martirio político. Andres Chenier, considerando la cuestion desde las alturas de la filosofia, publicó sobre el mismo asunto una carta digna de pasar á la posteridad. Es peculiar al genio no dejarse alucinar por las preocupaciones del momento. Ve aquel desde una altura demasiado elevada para que los errores del vulgo le oculten el brillo permanente de la verdad. Hay desde un principio en sus juicios la imparcialidad del porvenir.

«Todos los que han conservado, dice Chenier, la libertad de su razon, y todos aquellos en quienes el patriotismo no es un violento deseo de dominar, ven con mucho disgusto que las disensiones de los sacerdotes hayan podido ocupar los primeros momentos de la Asamblea nacional. Seria ya tiempo de que el espíritu público se ilustrase sobre esta materia. La misma Asamblea constituyente se ha equivocado sobre este particular. Ella trató de hacer una Constitución civil de la religion, es decir, que tuvo la idea de formar un clero despues de haber destruido otro. ¿Qué importa que una religion difiera de otra? ¿Le toca á la Asamblea nacional reunir las sectas que están divididas y juzgar sus diferencias? ¿Los políticos, son acaso teólogos?... Nosotros no nos veremos libres de la influencia de esos hombres sino cuando la Asamblea nacional haya mantenido á todos y á cada uno la libertad completa de seguir, ó de inventar la religion que le acomode. Cuando cada uno pague el culto que quiera seguir y no pague otros, y cuando la imparcialidad de los tribunales en semejante materia, castigue con entera igualdad á los perseguidores ó á los sediciosos de todos los cultos ... Los miembros de la Asamblea nacio-

nal dicen, que el pueblo francés no está aun suficientemente maduro para recibir esta doctrina. Es preciso responderles: puede que eso sea así; pero á vosotros toca el madurarnos con vuestras palabras, con vuestros actos, y con vuestras leyes. Los sacerdotes no perturban los Estados cuando nadie piensa en ellos. Acordémonos que diez y ocho siglos han visto á todas las sectas cristianas desgarradas y ensangrentadas por las ineptias teológicas y por las enemistades sacerdotales, concluir siempre por apoderarse del poder.»

Esta carta pasó desapercibida por los partidos que se disputaban la conciencia del pueblo; pero la petición del directorio de París, en que se pedía el *veto* real contra los decretos de la Asamblea, promovió otras peticiones violentas en sentido contrario. Vióse entonces comparecer por primera vez en la barra de la Asamblea á Legendre, carnicero de París. Este vociferó allí en lenguaje oratorio las imprecaciones del pueblo contra sus enemigos y contra los traidores coronados. Legendre cubría con pomposas palabras la trivialidad de su discurso. De esta mezcla de sentimientos vulgares con las ambiciosas espresiones de la tribuna, nació aquel idioma caprichoso en el que los harapos del pensamiento unidos al oropel de las palabras hacían que la elocuencia popular de la época se asemejase al hijo indigente de un advenedizo. El populacho estaba enorgullecido de robar su lenguaje á la aristocracia hasta para combatirla, pero al robárselo lo ensuciaba. «Representantes, decía Legendre, mandad que el águila de la victoria y la de la fama estiendan sus alas sobre vuestras cabezas y sobre las nuestras; decid á los ministros: nosotros amamos al pueblo; ¡empiece ya vuestro suplicio! ¡Los tiranos van á morir!»

Camilo Desmoulins, que, como ya hemos dicho, era el Aristófanes de la revolución, se servía de la sonora voz del abate Fauchet para hacerse oír, Camilo Desmoulins era el Voltaire de las calles; el que escitaba las pasiones populares valiéndose del sarcasmo. «Representantes, decía, los aplausos del pueblo son su lista civil; la inviolabilidad del rey es una cosa eminentemente justa, porque el rey debe por naturaleza estar siempre en oposición con la voluntad general, y con nuestros intereses. No se cae voluntariamente de un puesto tan elevado. Tomemos ejemplo en Dios, *cuyos mandamientos no son jamás imposibles*; no exijamos del antes titulado soberano, un amor *imposible* hacia la soberanía nacional, y hallemos muy sencillo, que imponga el *veto* á los mejores decretos que hagamos. Pero que los magistrados del pueblo, que el directorio de París, que los hombres que hace cuatro meses hicieron fusilar en el Campo de Marte á los ciudadanos signatarios de una petición individual contra un decreto que todavía no se había dado, inunden el imperio con otra que indudablemente no es sino la primera hoja del gran registro de la contrarrevolución, y una suscripción á la guerra civil enviada por esos hombres para que la firmen todos los fanáticos, todos los esclavos y todos los ladrones de los ochenta y cuatro departamentos, á cuya cabeza están los nombres ejemplares de los miembros del directorio de París; ¡padres de la patria!... hay en ese escrito tal complicación de ingratitud, de bellaquería, de prevaricación y perversidad, de filosofía hipócrita y de pérdida moderación, que nos reunimos desde luego á vosotros para sostener los decretos. ¡Continuad, fieles mandatarios como habeis empezado! Y si hay obstinación en no que-

rer salvar la patria, no somos solos, seremos suficientes á salvarla. Porque en fin, el *veto* tiene su término como todas las cosas, y ya hemos visto que no ha sido suficiente para impedir la toma de la Bastilla.

«Nosotros tenemos la medida exacta del civismo de nuestro directorio desde que le hemos visto volver á abrir por medio de una proclama incendiaria, no las cátedras evangélicas á los sacerdotes, sino unas tribunas de sedición á unos conjurados con sotana. Su petición es un escrito que tiende á envilecer los poderes constituidos, y una escitación á la guerra civil y al trastorno de la Constitución. Ciertamente que no somos nosotros los admiradores del gobierno representativo, sobre el cual pensamos lo mismo que Juan Jacobo Rousseau; pero si no estamos por ciertos artículos, estamos aun mucho menos por la guerra civil. ¡Cuántos motivos tenemos de acusación! La prevaricación de esos hombres es evidente. ¡Heridles! Pero si la cabeza dormita, ¿cómo obrará el brazo? ¡No levanteis ese brazo, no levanteis ya la maza nacional para aplastar esos insectos! ¡Un Varnier, un de Latre! ¡Caton y Ciceron formaron causa á Cetego ó á Catilina. A los gefes es á quien se debe perseguir. ¡Heridles en la cabeza!»

Esta verbosidad irónica y audaz aplaudida menos por el palmoteo que por las risas que escitaba, encantó á las tribunas. Decretóse que se enviara el proceso verbal de la sesión á todos los departamentos. Esto equivalía á elevar legislativamente el libelo á la dignidad de acto público, y á distribuir la injuria completamente confeccionada á los ciudadanos, para que ellos no tuviesen que hacer otra cosa que arrojarla á los poderes públicos.

El rey tembló ante el libelista, y conoció por aquel primer ensayo de escarnio á sus prerogativas, que la Constitución se quebraría en su mano cada vez que se atreviese á servirse de ella.

Al día siguiente el partido constitucional mas en número que en la sesión anterior, suspendió la remesa á los departamentos del discurso de Fauchet. Brissot manifestó su indignacion por esto en el *Patriota Francés*. Allí era y en los Jacobinos donde mejor que en la tribuna, se daba el santo á todo el partido y se hablaba sin rebozo del pensamiento republicano. Brissot no tenia las proporciones de un orador; su espíritu obstinado, sectario y dogmático era más á propósito para conspirar que para obrar, y aunque el fuego de su alma era grande, estaba muy reconcentrado y no arrojaba los resplandores ni las llamas que encienden el entusiasmo, y que producen una explosion de ideas. Puede decirse que era la lámpara de la Gironda, pero no su antorcha.

XXI.

Los jacobinos muy reducidos en número porque muchos de sus principales miembros habian sido elegidos diputados en la Asamblea legislativa, fluctuaron algun tiempo como un ejército licenciado despues de la victoria. El club de los Fuldenses, compuesto de los restos del partido constitucional en la Asamblea constituyente, se esforzaba por volver á apoderarse de la direccion del espíritu público. Asustábales el pueblo, y estaban convencidos de que una Asamblea única sin nada que contrabalancease su poder, absorbería inevitablemente lo poco que quedaba ya del trono, por consiguiente, este partido queria dos Cámaras y una Constitución que equilibrase los dos poderes legislativo y ejecutivo. Barnave que se afiliaba en este partido acompañado de su arrepentimiento se habia quedado en Paris y tenia varias conferencias secretas con Luis XVI. Sus consejos, lo mismo que los de Mirabeau en sus últimos dias, no podian ser otra cosa sino

vanos remordimientos. La revolución se había adelantado á aquellos hombres y ni siquiera les veía. Sin embargo, aun conservaban un resto de influencia sobre los cuerpos constituidos de París, y sobre las resoluciones del rey. Este príncipe no podía figurarse que unos hombres tan poderosos ayer contra él se hallasen ya sin fuerza suficiente para serle útiles. En ellos consistía su última esperanza contra los nuevos enemigos que veía surgir en los girondinos.

La guardia nacional, el directorio del departamento de París, y hasta su mismo corregidor Bailly con todos los hombres interesados en mantener el orden los sostenían todavía. Este partido era el de todos los arrepentimientos y el de todos los terrores. Mr. de La Fayette, madama de Staël y Mr. de Narbona estaban en secreta inteligencia con los Fuldenses. Una parte de la prensa era suya. Estos periódicos popularizaban á Mr. de Narbona para quien querían el ministerio de la Guerra. Los periódicos girondinos amotinaban ya al pueblo contra este partido. Brissot sembraba contra ellos las sospechas y las calumnias, y los designaba al odio del populacho. «Contadles, decía, y examinad sus nombres que son los que les denuncian. Estos hombres no son otra cosa que los restos de la aristocracia destronada, que quieren resucitar una nobleza constitucional y establecer otra cámara legislativa que sea un senado de nobles, implorando para conseguir su intento la intervencion armada de las potencias extranjeras. Están vendidos al palacio de las Tullerías, y tambien se venden un gran número de miembros de la Asamblea. Entre esos hombres no hay ninguno de genio ni de resolución. Sus talentos los constituye la traicion, y todo su genio consiste en la intriga.»

Así era como los girondinos y los jacobinos, confundidos entonces, preparaban los motines que al poco tiempo habían de dispersar aquel club.

Mientras que los girondinos obraban así, los realistas puros no dejaban de escitar al desorden en sus hojas volantes para hallar, según decían, el remedio en el mismo mal. Así se les veía exaltar á los jacobinos contra los faldenses y prodigar á manos llenas el ridiculo y la injuria á los hombres del partido constitucional que trataban de salvar un resto de monarquía. Lo que ellos detestaban mas, era el buen éxito de la revolución. Su doctrina de poder absoluto, recibía un *mentis* menos humillante para ellos del trastorno absoluto del imperio y del trono que de una monarquía constitucional que preservase á la vez al rey y á la libertad. Desde que la aristocracia estaba desposeída del poder, su única ambicion y su táctica predilecta era verle caer en manos de los mayores malvados, é impotente para levantarse por su propia fuerza, encargaba al desorden el cuidado de levantarla. Desde el primero hasta el último día de la revolución, este partido no tuvo otro instinto, así es que se perdió él mismo, perdiendo á la monarquía. Impulsó el odio de la revolución hasta hacerle llegar á la perversidad, y si no tomó parte directa en los crímenes que aquella cometió, al menos fué cómplice de ellos por el deseo. No hubo un esceso del pueblo que no fuese una esperanza para sus enemigos, y esta política de la desesperacion era tan ciega y tan criminal como ella.

XXII.

Vióse por esta época un ejemplar de lo que acaba de decirse. La Fayette entregó el mando de la guardia nacional al consejo general del comun.

En esta sesión obtuvo aun la última muestra del favor público, y después que el general salió de la sala de sesiones, se trató sobre el testimonio de reconocimiento que

debía darle la ciudad de Paris. El general dirigió una alocucion, despidiéndose del ejército cívico, en la que aparentaba creer que la Constitucion que acababa de promulgarse, cerraba la era de la revolucion, y le volvía, como á Washington, el papel de simple ciudadano de un pais libre y pacificado. «Los días de la revolucion, decia en aquel escrito, abren el paso á los de una organizacion regular, á causa de la libertad y de la prosperidad que aquella garantiza. Yo debo ahora devolver á mi patria todo cuanto me ha entregado de fuerza y de influencia para defenderla durante las convulsiones que la han agitado: esta es mi única ambicion. Guardaos, sin embargo de creer, añadia al concluir, que se hayan destruido los despotismos de todas clases.» Entonces señalaba algunos de los excesos y de los peligros en que podia caer la libertad al dar los primeros pasos.

Esta alocucion fué acogida con un resto de entusiasmo mas fingido que sincero, por la guardia nacional. Esta quiso ejecutar el último acto de fuerza contra las facciones, haciendo ostentacion de adherirse á los pensamientos de su general. Se le votó una espada hecha con el hierro de los cerrojos de la Bastilla, y una estatua en mármol de Washington. La Fayette se apresuró á gozar de aquel triunfo prematuro. Este hombre deponia la dictadura en el momento en que precisamente era mas necesaria á su pais. Vuelto á sus tierras de Auvernia, recibió allí la diputacion de la guardia nacional que le llevó el proceso verbal de la deliberacion. «Vosotros, les dijo, me habeis vuelto á los sitios que me han visto nacer, y de los que no volveré á salir sino para defender ó consolidar nuestra libertad naciente, si hubiese alguno que osase atacarla.»

Los juicios de los diferentes partidos siguieron al general en su retiro. «Ahora, decia el periódico de la revolucion, que el héroe de los dos mundos ha terminado su papel en Paris, será conveniente averiguar, si el ge-

neral ha hecho mas mal que bien á la revolucion. Para resolver esta cuestion, busquemos al hombre en sus actos: se verá desde luego al fundador de la libertad americana, no atreverse en Europa á acceder al voto del pueblo, sino despues de haber pedido permiso al rey para hacerlo: se le verá palidecer el 5 de octubre al ver al ejército parisiense dirigiéndose á Versalles, y se le verá tambien contemporizando con el pueblo y con el rey: le veremos en esta ocasion diciendo al ejército: Yo os entrego al rey; y al rey, yo os entrego mi ejército: veráse tambien volver á entrar en Paris trayendo tras si y maniatados á unos valientes ciudadanos, cuyo gran crimen consistia en haber querido hacer con el torreón de Vincennes lo que se habia hecho con la Bastilla. Se le verá igualmente al dia siguiente de la escena de los puñales dar cordialmente la mano á aquellos mismos á quienes habia denunciado el dia anterior á la indignacion pública. Vésele hoy finalmente abandonar el campo en virtud de un decreto solicitado por él mismo bajo mano, y eclipsarse por un momento en la Auvernia, para volver á aparecer sobre nuestras fronteras. Sin embargo, tambien nos ha hecho servicios que es preciso reconocer. Nosotros le debemos el haber conducido á nuestros guardias nacionales á las ceremonias cívicas y religiosas, á los ejercicios matinales de los Campos Eliseos, á los juramentos patrióticos, y á las comidas dadas por las corporaciones. ¡Despidámonos de él! ¡La Fayette! Nosotros necesitábamos para consumir la revolucion mas grande que haya intentado jamás un pueblo, un gefe cuyo caracter estuviese al nivel del mismo suceso, y nosotros te aceptamos; los músculos flexibles de tu fisonomía, tus estadiados discursos, tus axiomas meditados por largo tiempo, todos estos productos del arte, desaprobados por la naturaleza, parecieron sospechosos á los patriotas que veian claras las cosas. Los mas decididos de estos siguieron tus pasos, te arrancaron la máscara y esclama-

ron: ¡Ciudadanos, este héroe no es mas que un cortesano, este sabio no es sino un charlatan! En efecto, merced á tus cuidados, la revolucion no puede hacer ya daño al despotismo: tú has limado los dientes del leon. El pueblo no es ya temible, por causa de los que son sus conductores, que han vuelto á apoderarse del látigo y de la espuela, en tanto que tú te marchas. ¡Lleven coronas cívicas sobre el camino que vas á pasar, mientras nosotros nos quedamos aquí, pero ¡en donde hallaremos un Bruto!»

XXIII.

Bailly, corregidor de París, se retiraba tambien á la sazón, abandonado por aquella opinion cuyo ídolo habia sido, y cuya víctima empezaba ya á ser. Pero este filósofo, apreciaba mas el bien hecho al pueblo, que el favor de éste. Mas ambicioso de servirle que de gobernarle, manifestaba ya contra las calumnias de sus enemigos la impasibilidad heroica que desplegó mas tarde contra la muerte.

La voz del filósofo se perdió entre el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios para corregidor de París. A medida que la autoridad real disminuía, y que la de la Constitución se aniquilaba en medio de los disturbios que agitaban el reino, el corregidor de París podía convertirse en el verdadero dictador de la capital.

Aquellos dos hombres eran La Fayette y Petion. El primero, candidato del partido constitucional, y de los ciudadanos de la guardia nacional, y el segundo de los girondinos y de los jacobinos á la vez. El partido realista, pronunciándose en pró ó en contra de cualquiera de estos dos hombres, era el árbitro de la elección. El

rey no tenía ya la influencia del gobierno que habia dejado que se le escapase de las manos, pero tenia aun la influencia oculta de la corrupcion, sobre los intrigantes de los diferentes partidos. Una parte considerable de los veinte y cinco millones que se le habian señalado, la empleaban Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y Mrs. Bertrand de Molleville y de Montmorin, ministros suyos, en comprar votos en las elecciones, en hacer mociones en los clubs, y en pagar los aplausos ó los silbidos de las tribunas de la Asamblea. Estos subsidios secretos que habian empezado en tiempo de Mirabeau, se estendian ya hasta las gentes mas despreciables de las facciones. Con ellos se pagaba la prensa realista, y de ellos participaban tambien los oradores y periodistas que manifestaban aparentemente tener mas odio á la corte. Muchas de las falsas maniobras aconsejadas al pueblo por los que le adulaban no reconocian otro origen que este. Puede decirse que existia entonces en Francia un ministerio de corrupcion administrado por la perfidia.

Muchos hombres sacaron de allí grandes recursos pecuniarios, so pretexto de servir á la corte, de apaciguar al pueblo ó de venderle; dominados despues por el temor de que fuese descubierta su traicion, la cubrian con otra mayor, volviendo contra el rey las mismas mociones que éste habia pagado. Danton fué uno de estos. Algunas veces mirando por la conservacion del orden, y sin otro objeto que el de evitar males, daba el rey ciertas sumas mensuales para que se distribuyesen útilmente, ya entre los individuos de la guardia nacional, ya entre los mas indigentes de los barrios de París, en que se temia que tuviese lugar alguna insurreccion. Mr. de La Fayette y Petion, recibieron mas de una vez socorros de esta naturaleza de parte del rey, para distribuirlos del modo que acabamos de decir. Este príncipe podia muy bien, valiéndose de semejante medio, dirigir la elección de corregidor de París, y uniéndose al partido constitucional

hacer que recayese el nombramiento en Mr. de La Fayette.

Este hombre era uno de los primeros autores de aquella revolucion que habia derribado el trono. Su nombre figuraba en todas las humillaciones de la corte, en todos los resentimientos de la reina y en todos los terrores del rey. Al principio habia sido aquel general, su terror, luego su protector y últimamente su carcelero. ¿Podía ser en adelante su esperanza? El destino de corregidor de París, ese poder colosal, civil y popular, despues de aquella dictadura armada que habia ejercido en la capital, ¿no podía ser para Mr. de La Fayette otro nuevo escalon que le elevase á una altura superior al trono, para que desde allí arrojase al rey y á la Constitucion á un oscuro rincon?

Aquel hombre de ideas tan liberales en teoria, tenia buenas intenciones; queria mas bien dominar que reinar; ¿pero podía uno fiarse en sus buenas intenciones cuando tantas veces parecia haber prescindido de ellas? ¿No abrigaba en su corazon aquellas mismas intenciones cuando habia usurpado el mando de esa milicia civil? ¿No habia derribado la Bastilla con los guardias franceses insurreccionados? ¿No era el mismo que habia marchado á Versalles á la cabeza del populacho de París? ¿El que habia forzado el palacio el 6 de octubre, y finalmente el que habia arrestado al rey y á su familia en Varennes, teniéndolos despues prisioneros en las Tullerías? ¿Resistiría este hombre al pueblo, caso que éste le exigiere aun mas? ¿Se detendría á la mitad del papel del Washington francés, cuando ya parecia haber pasado mas adelante? Sin embargo, el corazon del hombre es de tal suerte, que prefiere entregarse en manos de los que le pierden á buscar su salvacion en manos de aquellos que le han rebajado. La Fayette, rebajaba mucho al rey y todavia mas á la reina. Una independencia respetuosa era la espresion habitual del rostro de La Fayette en pre-

sencia de María Antonieta. Se leia en la actitud del general, se conocia en sus palabras y se traslucía en el acento con que las pronunciaba, la inflexibilidad del ciudadano, bajo las formas frias y elegantes del hombre de corte. La reina preferia al legitimo faccioso para el destino que se disputaba, y lo decia sin rebozo en sus conversaciones particulares. «Mr. de La Fayette, decia, no quiere ser corregidor de París sino para convertirse muy pronto en *corregidor de palacio*; Petion es jacobino republicano, pero es un tonto incapaz de ser jamás jefe de un partido, y este será un corregidor nulo. Por otra parte, es posible que el interés que sabe que tomamos en que sea nombrado, le obligue á declararse por el rey.»

Petion era hijo de un procurador de una de las baillías de Chartres. Compatriota de Brissot, habia recibido la misma instruccion que aquel, y ambos profesaban la misma filosofia y abrigaban los mismos odios, pudiendo decirse que no tenian entre los dos sino un solo espíritu. La revolucion, que habia sido el bello ideal de su juventud, les habia llamado en el mismo dia á la escena política, pero para desempeñar en ella papeles diferentes. Brissot, escritor, aventurero, político y periodista, era el hombre de las ideas; Petion era el hombre del trabajo material. Habia en su figura, en su carácter y en su talento aquella medianía solemne que conviene y encanta á la multitud, y al menos era hombre integro, virtud que aprecia el pueblo sobre todas las demas en los que manejan los negocios públicos.

Llamado por sus conciudadanos á la Asamblea nacional se habia creado un nombre, mas por sus esfuerzos que por los buenos resultados que habia obtenido. Rival afortunado de Robespierre, y amigo suyo en aquella época, habian formado los dos aquel partido, casi desapercibido en un principio, que profesaba la democracia pura y la filosofia de Rousseau, mientras que Cazales, Mirabeau

y Maury; es decir, la nobleza, el clero y la clase media se disputaban el gobierno.

El despotismo de una clase les parecía tan odioso á Petion y á Robespierre como el de un rey. El triunfo del estado llano les importaba poco mientras no triunfase el pueblo entero, es decir, la humanidad en la acepcion mas lata de la palabra. La tarea que se habian impuesto consistia, no en el triunfo de una clase sobre otra, sino en la victoria y en la organizacion de un principio divino y absoluto: la humanidad. Esta doctrina, seguida únicamente por ellos, hizo que fuesen débiles en los primeros dias de la revolucion; mas tarde, fué la que los vigorizó. Petion empezaba ya á recoger el fruto de ella.

Habíase insinuado insensiblemente por sus doctrinas y por sus discursos en la confianza del pueblo de Paris; pertenecía á los literatos por el cultivo de su espíritu, y al partido de Orleans por su estrecha amistad con madama de Genlis, favorita del príncipe y aya de sus hijos. Se hablaba de él en algunas partes como de un sábio que quería introducir la filosofia en la misma Constitucion, y en otras, como de un conspirador astuto que quería minar el trono, ó hacer subir á él, con el duque de Orleans, los intereses y la dinastía del pueblo. Esta doble reputacion le era igualmente provechosa. Los hombres honrados le inscribian en sus candidaturas como á hombre honrado; los facciosos, como faccioso. La córte no se dignaba temerle, no viendo en él sino un inocente utopista, y le miraba con aquella indulgencia con que miran todas las córtes á los hombres de despreciativa fé política; además, Petion la libertaba de La Fayette, y para ella, el cambiar de enemigos equivalia á poder respirar por algun tiempo con mas libertad.

Estos tres elementos hicieron triunfar á Petion por una inmensa mayoría, y fué nombrado corregidor de Paris por mas de seis mil votos. La Fayette solo pudo obtener tres mil. Desde el fondo de su retiro momentáneo pudo

medir por la diferencia entre sus votos y los de Petion la decadencia de su fortuna. La Fayette representaba la ciudad y Petion representaba la nacion, los ciudadanos armados acababan de salir de los negocios con el primero; el pueblo tomaba parte en ellos acompañado del segundo. La revolucion marcaba con un nombre propio el nuevo paso que habia dado.

Apenas electo, fué Petion á triunfar á los Jacobinos; los patriotas lo cogieron y lo subieron en brazos á la tribuna. El anciano Dusault, que la ocupaba entonces, dijo algunas palabras en honor de Petion mezcladas de sollozos: «Yo miro á Petion, dijo, como si fuese hijo mio, ¡Sin duda que esta es mucha osadía!» Petion enternecido, se arrojó en los brazos del anciano. Las tribunas aplaudieron y todo el mundo se echó á llorar.

Los demas nombramientos fueron todos en el mismo sentido: Manuel fué nombrado procurador del comun, y Danton sustituto: este fué el primer escalon de su fortaleza popular; hay sin embargo, una gran diferencia entre el nombramiento de este último y el de Petion: éste se lo debió á la estimacion pública, Danton lo debió enteramente á la intriga. Fué nombrado á pesar de su mala reputacion, porque el pueblo disimula con frecuencia los vicios de que saca alguna utilidad.

El nombramiento de Petion para el corregimiento de Paris, daba á los girondinos un punto de apoyo fijo en la capital; Paris, se escapaba de las manos del rey, como se le habia escapado la Asamblea. La obra de la Asamblea constituyente habia venido á tierra en tres meses. Las ruedas de la máquina se rompian antes de funcionar y todo presagiaba un choque inmediato entre el poder ejecutivo y el de la Asamblea. ¿De dónde procedia esta descomposicion tan pronta? Tiempo es ya de que echemos una mirada sobre aquella obra de la Asamblea constituyente y sobre sus autores.